

Desde principios de mayo de este año y luego del gran sacudón que significaron los saqueos a los supermercados, se han multiplicado en todo el país las ollas populares y comedores comunitarios.

Esta realidad que expresa en sí misma una denuncia social representa también un nuevo desafío para todos los argentinos de buena voluntad comprometidos en la construcción de una sociedad donde la justicia social deje de ser una consigna para transformarse en una práctica cotidiana, en todos los niveles, hasta conseguir condiciones de vida dignas para todos. "LAS OLLAS DE LA SOLIDARIDAD" presentes en un contexto social complejo y difícil son también el signo de valores profundos que anidan en nuestro pueblo y que constituyen la base para construir la nueva sociedad, fraterna y justa, que anhelamos.

Una tarea por la vida, que aparece como SIGNO DE VIDA, en medio de una realidad con muchas y cotidianas expresiones de muerte....

En Córdoba esta realidad ha significado una experiencia importante para los sectores populares en sus esfuerzos de organización. El fenómeno ha tenido también la virtud de provocar una reacción en los demás sectores sociales, despertando una conciencia de solidaridad algo adormecida. Aunque por cierto no faltan quienes afirman "que no vale la pena seguir alimentando a los que no quieren trabajar" o, desde otro ángulo, quienes sostienen que "esta caridad no soluciona nada...", como si hiciera falta ver literalmente muertos de hambre a los que tienen hoy necesidad de comer, para recién encarar una solución de fondo.

UN SINTOMA CUESTIONADOR

Las ollas populares son sin duda un síntoma de la realidad. Enrostran a toda la sociedad una situación de miseria que pareciera haberse extendido no sólo en el país sino en toda América Latina, donde tanto las dictaduras militares como las democracias tuteladas han venido implementando los planes económicos de "ajuste"

instrumentados por los mismos que generaron la deuda externa, y hoy siguen haciendo recaer sobre los bolsillos y el estómago de los trabajadores y el pueblo empobrecido el mayor peso de la crisis, que ellos mismos generaron.

Desde este ángulo puede mirarse el fenómeno como una denuncia contra estos idólatras de los dioses de la muerte, que reclama una acción pronta y eficaz de todos. Porque está en juego la vida de muchos hermanos. Una acción profundamente cuestionadora de una estructuración social injusta "con ricos cada vez más ricos y pobres cada vez más pobres", como decía el Papa Pablo VI. Y que en nuestra Argentina son esos diez millones de carenciados de los que se habla hasta en los discursos oficiales...

OLLAS DE LA SOLIDARIDAD

Pero cómo estaremos acostumbrándonos los argentinos a convivir con la pobreza, que lo que hasta hace pocos años podía resultar un modo de protesta en muchos casos tilda-

do de 'subversivo', hoy ya no sólo no escandaliza a nadie, sino que desde los sectores menos sospechados se han impulsado, avalado y apoyado las ollas populares.

Por cierto que algunos lo han hecho desde una perspectiva muy mezquina. Apoyar las ollas significó para ellos -apenas se produjo la violencia de los saqueos a los supermercados- un modo de apaciguar los ánimos y frenar el estallido social. Para otros fue un deber de caridad cristiana al viejo estilo de la beneficencia.

Muchos sin embargo hemos creído que era la forma más adecuada para responder a la emergencia social. Y sostuvimos además que apoyar estos esfuerzos era una exigencia de nuestra fe cristiana. Porque significaba posibilitar una expresión concreta de la solidaridad y un avance en las nuevas formas de organización que van surgiendo desde el mismo pueblo en sus intentos por recuperar su protagonismo a pesar de las decepciones y desconfianzas hacia toda la dirigencia. Estas iniciativas de sobrevivencia eran -y son- una lucha por la VIDA.

LA SOLIDARIDAD ORGANIZADA

Más allá de nuestro acompañamiento solidario lo que permanece y vale la pena destacar es el esfuerzo comunitario de los propios protagonistas de las ollas. Porque es verdad que Cáritas, el Ministerio, la Asociación Bancaria, el SERPAJ, APE u otras organizaciones vienen apoyando las ollas, los comedores comunitarios, las copas de leche, los hornos de pan o las compras comunitarias. Y ciertamente que -como los mismos vecinos afirman- estos aportes son necesarios e importantes.

Pero sería más justo comenzar por valorar las horas de dedicación que la misma gente de los barrios y villas invierten en estas acciones solidarias. Porque son horas de trabajo real: buscando la verdura en el mercado, cortando y trayendo la leña, soportando el calor del fuego, preparando la comida, distribuyéndola, lavando las ollas, amasando y horneando el pan, etc.... ¿Y cuánto valen, en términos monetarios, estas horas de trabajo? Seguramente más del 60% del costo diario del funcionamiento de una olla.

LAS OLLAS DE LA SOLIDARIDAD



AS DE LA RIDAD

Olla 1: La organización solidaria

"Si nos sirve para que permanezcamos unidos, vale la pena por más que tengamos comida sólo para un día".

Esta frase de una mujer de pueblo, madre de seis hijos, con el esposo sin trabajo, fue el argumento decisivo cuando a principios de mayo se analizaban las dificultades para iniciar una olla popular en un barrio carenciado de nuestra Córdoba.

Y luego de cinco meses de mantener la olla todos los días los vecinos pueden evaluar que fue en verdad el cimiento de una organización vecinal que hoy se propone avanzar en la construcción de un salón comunitario para instalar el comedor para los niños, un jardín maternal, una sala de primeros auxilios y un ropero comunitario.

Olla 2: La solidaridad desde la pobreza

"Padre, esto le manda mi mamá" -dijo la niña.

Eran 100 gramos de polenta. No más. En una bolsita de nailon. Y el Padre Vasco mientras los volcaba en una de las ocho inmensas ollas comentó: "Esta mujer es como la viuda del Evangelio; puso todo lo que tenía".

Y esos 100 grs. se sumaron a una multitud de bolsitas que hicieron posible ese día la comida para más de mil personas en la Villa Obispo Angelelli.

Como la evangélica multiplicación de los panes, la solidaridad de los pobres con los pobres hace posible todos los días ese enorme esfuerzo comunitario, que hoy avanza en otras ideas como los proyectos productivos de la cría de aves y conejos o los hornos de pan para la venta.

Olla 3: El trabajo es dignidad.

"No queremos las ollas, queremos trabajo porque queremos ganarnos el pan con dignidad".

Esta frase de un joven dicha mientras se

OLLAS POPULARES, PISTAS PARA EL ANALISIS

Desde nuestra fe queremos discernir el acontecimiento de las ollas populares como un signo de la capacidad profética del pueblo y de los pobres.

Dicho acontecimiento se hace profecía en su doble matiz, el del anuncio y el de la denuncia. No tener en cuenta esta complejidad del signo profético puede llevarnos a muchas simplificaciones muy peligrosas.

Como **anuncio**, descubrimos que las ollas son signo de:

- * un pueblo que sabe organizarse y articularse
- * un pueblo que sabe resistir con esperanza,
- * un pueblo que sabe compartir desde su pobreza,
- * un pueblo que sabe generar espacios de encuentro y participación,
- * un pueblo que no se doblega ante quienes lo oprimen,
- * un pueblo que manifiesta su sensibilidad por los que sufren;
- * un pueblo que expresa su confianza en el Dios de la vida, el Dios que está de su parte.

Como **denuncia**, las ollas son signo de:

- * la mentira y la hipocresía de los que tienen de más,
- * la mentira y la hipocresía de quienes nos oprimen y dominan.

- * de que el actual sistema económico es injusto, opresor y homicida,
- * de una situación de pecado, pecado social que grita al cielo,
- * del abuso de las oligarquías,
- * de la complicidad de muchos,
- * de la traición de otros,
- * de los idólatras de siempre,
- * de la dependencia esclavizante que padecemos.

Así, la profecía es denuncia del misterio del mal, del anti-reino encarnado en personas, instituciones y estructuras.

Desde esta óptica, discernimos que no queremos las ollas para siempre, las queremos en la medida que las circunstancias no nos abren otro camino. En definitiva, lo que buscamos es generar el siguiente proceso liberador: pasar de la angustia y la necesidad a la solidaridad; de la solidaridad pasar a la conciencia social y política, y -de dicha conciencia- pasar a la construcción y a la lucha por una sociedad distinta, que sea de verdad advenimiento del Reino, en donde el hambre disimulado por las ollas populares sea sólo un recuerdo.

P. Nicolás Alessio

refregaba los ojos llorosos por el humo, al mismo tiempo que seguía revolviendo la polenta, es la respuesta más clara tanto a quienes esconden su egoísmo argumentando "que no hay que alimentar a vagos", como los que dicen desde el café de sus revoluciones que "las ollas no solucionan nada".

Y el pensamiento de este joven es el que se repite absolutamente en todos los grupos humanos que han iniciado y continúan haciendo esta experiencia comunitaria de las ollas. Es la que recalcan las mujeres cuando se reúnen para ver qué cocinarán mañana, con los aportes de comestibles donados cada vez más escasos. Y es la que rezan diariamente en una villa cuando van a retirar la comida: "Te pedimos hoy por nuestro pan y trabajo. Porque pan sin trabajo es humillación y trabajo sin pan es explotación. Por eso queremos pan con trabajo que es dignidad y trabajo con pan que es justicia..."

Así podríamos relatar miles de enseñanzas que semanalmente uno recibe mientras acompañamos estos esfuerzos por organizar la solidaridad.

Como se aprende también de las dificultades que estos mismos grupos experimentan. Y no sólo las derivadas de la inseguridad con res-

pecto a la provisión de comestibles. También están las propias de todo grupo humano. Incomprensiones, asperezas, competencias, diferencias... que de todos modos van subsanándose en las reuniones periódicas que evalúan lo realizado y planifican lo por hacer.

Por todo esto... y mucho más, afirmamos, sin prepotencia ni sacralización, que ciertamente estas no son las ollas de la miseria, como las tituló el diario cordobés "La Voz del Interior", sino las OLLAS DE LA SOLIDARIDAD.

Porque de cada olla son muchos los que comparten la comida.

Porque se palpa la solidaridad que nace del compartir la misma necesidad.

Porque siguen siendo una interpelación a todos, que nos obliga a abrir los brazos extendiendo nuestras manos en el gesto solidario.

Porque, en definitiva, en torno a las ollas comunitarias hay un modelo de vida que desde las villas y los barrios, desde los olvidados de todos y de siempre, a lo mejor necesitaríamos rescatar para crecer como pueblo, para construir un país justo y fraterno. Para VIVIR y no morir... no sólo de hambre.

Luis Miguel Baronetto
Octubre de 1989